

// ENTREVISTA

Entrevista a Ellie Foumbi, escritora, actriz y directora de *Nuestro padre, el diablo*

“Es importante afrontar los traumas, levantar los tabúes y debatirlos en sociedad”.

Laura Feal

Periodista *freelance* establecida en Senegal y candidata a doctorado en Historia del Cine por la Universidad Gaston Berger de Saint Louis (Senegal)
laurafeal@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-2075-5983>



Ellie Foubmi durante su visita a Vitoria Gasteiz el pasado mes de octubre, en el marco del Festival de cine Afrikaldia.
Fuente: Afrikaldia

Nacida en Yaundé (Camerún), pero residente en Estados Unidos desde los cinco años, Ellie Foubmie es una de esas creadoras que hay que seguir de cerca. Actriz, escritora y directora de cine, su trabajo se ha proyectado en los más prestigiosos festivales internacionales, como Venecia, Tribeca, Palm Springs, Hamptons y Mill Valley, entre otros. En 2022 se la destacó como una de las veinticinco caras nuevas del cine independiente por la revista *Filmmaker Magazine*.

Tras tantear la posibilidad de hacer una carrera jurídica, se decantó por el estudio del séptimo arte y su recorrido fue tomando forma hasta llegar a formar parte de la Berlinale Talents y la New York Film Festival's Artist Academy.

El éxito de sus primeros trabajos como directora, con los cortometrajes *Last day in paradise* (Francia, 2016), *Zenith* (EE. UU., 2017) y *No traveller returns* (EE. UU., 2019) le abrió las puertas al reconocimiento internacional, que acabó de cristalizar con *Home*, un encargo de Netflix en asociación con Film Independent, y que cuenta con más de dos millones de visitas en el canal de la plataforma en YouTube.

Su estilo cinematográfico es poético, tranquilo, muy clásico. Le gusta no mover la cámara si no es necesario. Sus guiones tienen en común la creación de personajes complejos, con muchas aristas, una casi obsesión por desbrozar el concepto de identidad y la elaboración de un contexto, de un marco, que adquiere entidad propia a medida que pasan los minutos en la pantalla.

Su esperada primera película, *Our father, the devil*, se estrenó en el Festival de Cine de Venecia en 2021. Su debut tiene entusiasmado a público y crítica (por el momento ha ganado veintisiete

premios en festivales de cine internacionales y fue nominada en la categoría de mejor película en los Independent Spirit Awards). Se señala de ella la complejidad narrativa y la simplicidad en la ejecución, la visceralidad de la historia y su precisión emocional.

La protagonista de *Nuestro padre, el diablo* (en castellano) es Marie Cissé (Babetida Sadjo), una mujer negra que trabaja como jefa de cocina en una residencia de ancianos de una pequeña ciudad de Francia. Aunque parece relativamente bien adaptada, Marie esconde un secreto vergonzoso: fue niña soldado.

Su vida se desarrolla sin complicaciones cuidando de los residentes, saliendo con su compañera de trabajo y mejor amiga Nadia (Jennifer Tchiakpe) y acariciando un nuevo romance. Esta tranquilidad se ve alterada por la llegada del padre Patrick (Souleymane Sy Savané), un sacerdote al que reconoce de un aterrador episodio en su tierra natal. A medida que se va haciendo querer por los residentes y el personal, Marie se ve obligada a decidir cuál es la mejor manera de lidiar con este recuerdo de su turbulento pasado.

Se trata de un *thriller* de venganza, en el que, más allá de la tensión del género, se explora la posibilidad de cuestiones tan universales como el arrepentimiento y el perdón, obligando al espectador a preguntarse quién es culpable y quién merece una segunda oportunidad.

Con unos magistrales Babetida Sadjo (Guinea Bissau, Bélgica) y Souleymane Sy Savané (Costa de Marfil) encarnando los roles protagonistas, el filme aborda la luz que da significado a las sombras y ofrece la suficiente complejidad para que la historia traspase la pantalla y potencie el debate, algo que la directora confiesa buscar con su cine.

En el mes de octubre tuvimos la suerte de acceder a la película, subtitulada en castellano, en el marco del festival vasco de cines africanos, Afrikaldia, de la mano de la comisaria del festival, Beatriz Leal Riesco. La autora, que acompañó el filme en su estreno en España (país que visitaba por primera vez) se sintió “impresionada por el trabajo del festival con la comunidad migrante africana y su lucha explícita contra el racismo y la xenofobia”.

Tras recoger el primer premio del certamen, la entrevistamos a distancia (desde Irlanda) y repasamos con ella los hitos de su carrera y motivaciones, así como algunas de las cuestiones que rodean esta película, esperando que pronto podamos disfrutarla en salas en nuestro país.

P: Usted empezó en la industria del cine como actriz, ¿qué le llevó a pasar de la interpretación a la dirección de películas?

R: Empecé con la actuación por casualidad. No conocía a nadie en el sector y mis padres tenían dudas sobre las posibilidades laborales. Mi hermana me animó a presentarme a una audición, en la que me cogieron, y así fui entrando en el mundillo. Cuando me daban un guión, enseguida identificaba cosas que quería cambiar en él... ¡pero eso no me correspondía como actriz!

Los compañeros me decían que tenía ideas cinematográficas potentes así que me lancé. Desde pequeña me gustaba escribir, es mi medio natural. Retomé la escritura después de diez años y me sentí muy a gusto, por lo que decidí cursar estudios de cine.



La directora recogió el Premio de la 3.ª edición del certamen vasco de cines africanos Afrikaldia. Fuente: Afrikaldia

P: En sus películas se aborda de manera transversal la cuestión de la identidad. ¿Por qué es este un tema importante para usted y cómo lo trata?

R: Tuve muchos problemas para navegar mi identidad. El hecho de llegar a Estados Unidos como camerunesa e ir a una escuela francesa allí, hizo que siempre me sintiese diferente, sin saber a qué grupo pertenecía. Como directora me interesa el tema porque la identidad se forma por una compilación de criterios, de manera muy compleja, sin embargo, la gente te etiqueta rápidamente por tu color de piel, por la lengua que hablas, por tu religión... Me interesa explorar cómo la sociedad juzga la identidad de los demás.

P: En varias ocasiones usted ha cuestionado la imagen de África y de los personajes africanos en el cine occidental. ¿Puede contarnos más al respecto? ¿Encuentra diferencias en el tratamiento de estos personajes entre Estados Unidos y Europa?

R: Considero que la visión de las personas negras es reducida en ambos territorios, pero de una manera diferente. En EE. UU. no hay costumbre de “ver” otras culturas, algo que es bastante paradójico porque está conformado por muchísima diversidad. Allí, si eres una mujer negra, quiere decir exclusivamente que eres afroamericana, que has crecido de una cierta manera, que has tenido una vida muy difícil...

En Europa, al menos en Francia, ser negro te reenvía directamente a África, a un medio pobre, a venir a Europa a “robar” el trabajo de alguien.

En ambos lugares te encasillan y parece que no hay lugar para otras realidades, hay un imaginario reducido en ese sentido.

P: ¿Como directora intenta completar esa visión limitada?

R: Efectivamente. La mayoría de los personajes que escribo se alejan de esos estereotipos que encasillan a las personas negras, principalmente porque yo no me siento reflejada en esas experiencias. Mi padre trabaja en el sistema de Naciones Unidas y yo he tenido siempre muy buena educación, he viajado mucho, etc. Puedo comprender los personajes que me proponen y también interpretarlos, pero creo que hay más que aportar. Mi entorno no es así, tengo que recrear ese mundo y compartirlo para que se visibilice.

P: En su película *Nuestro padre, el diablo* toca la cuestión del trauma generado por los grandes conflictos en África. ¿De dónde nació esta película? ¿Cómo preparó estos personajes?

R: La historia me empieza a rondar la cabeza cuando hablé por primera vez con personas adultas que habían vivido el genocidio en Ruanda cuando eran pequeños, que se quedaron huérfanas y que habían presenciado el asesinato de sus padres. Me interesó la historia de su crecimiento llevando encima esa historia tan pesada con ellos.

Los niños siempre son inocentes para mí. Creo que pueden reconstituirse después de haber cometido crímenes y eso me interesaba.

Valoré hacer una película sobre ello, porque el tema de los niños soldado se había tratado cinematográficamente desde su participación en la guerra, pero nunca había visto ningún film sobre qué pasa después, cómo lo afrontan como adultos, cómo desarrollan herramientas para tener vidas normales. Me interesaba más el después: el niño soldado adulto.

P: Ambienta la acción principal de la película en Europa, un espacio alejado de donde ocurrieron los hechos y donde los protagonistas intentaron retomar sus vidas. ¿Cree que es necesario separarse físicamente de donde hemos vivido experiencias tan fuertes?



Fotograma de la película

R: La protagonista, Marie, es una mujer que huye de su pasado y de todo lo que le recuerda a él. Cuando imaginé esa historia en África no me salía, era imposible. El hecho de que se encuentren en una ciudad pequeña le da una dimensión mágica, es una coincidencia sagrada. También ayudó situarla en un contexto tan diferente, entre personas blancas, con un paisaje distinto... Este espacio "neutro" les obliga a confrontar sus pasados y mantener esas conversaciones tan duras y difíciles en las que colocar lo que han vivido.

P: La cuestión del perdón, de la salvación, mantiene la tensión del thriller. ¿Somos capaces de salvarnos?

R: La capacidad humana es tan grande que considero que siempre es posible recomenzar, aunque no olvidar. No se pueden olvidar experiencias tan duras, pero pienso que si te focalizas en el futuro, en la gente que está alrededor, puedes dejarte ir y avanzar.

Cuando hice mi investigación sobre los niños soldado adultos, vi que había muchos suicidios, porque habían cometido crímenes tan horribles que no podían afrontar sus monstruos para sobrevivir.

La solución fue para mí el amor. Siempre hay personas que quieren darte una nueva oportunidad y tener una segunda vida. Pero esa sensación da miedo.



Fotograma de la película

P: Su cine responde a una intención artística, pero toca un tema social de importancia mayor. ¿Es su intención de hacer cine social?

R: Por influencia del trabajo de mi padre en Naciones Unidas siempre tuve historias muy duras cerca. Me siento afortunada y privilegiada por ello y siento que puedo hacer algo en este sentido. Efectivamente, con esta película, era importante para mí abrir un debate con la diáspora y también con la población africana, porque hay muchos temas tabúes, que no se verbalizan o que se hablan en secreto, pero no abiertamente, y para mí es importante que lo hagamos como sociedad.

Los impactos de las guerras en las personas –generalizando, porque en cada país y cultura se han tratado de manera diferente–, las violencias sexuales, el rol de la religión –impuesta por los colonizadores–, etc., son cuestiones que no se hablan y creo que debemos encontrar maneras para afrontarlo como africanos.



Fotograma de la película

P: En todo caso, felicidades por el comienzo extraordinario de este, su primer largometraje, y mucho éxito para sus siguientes trabajos. ¿Está ya con nuevos proyectos?

R: Muchas gracias. Sí, estoy trabajando en una nueva película que saldrá el próximo año y que cuestiona el *american dream* desde la perspectiva de una mujer negra: lo que quiere decir, lo que supone para una mujer, para una inmigrante... Aunque es muy diferente a *Nuestro padre, el diablo* creo y espero que también abra nuevos debates.